

CUARTILLAS DE LA LIBRETA

Antton Obeso

ENCUENTRO CON UNA VETERANA CORALISTA DEL "ANDRA MARI"

Ese empujado ascenso en teleférico que en el tramo final parece que se va a estrellar contra la rocosa pared de la montaña antes de llegar a la cumbre le pone a uno verdaderamente tenso sin poderlo evitar. Luego todo son sonrisas nerviosas cuando se deja el cajón, porque no es mucho más que un cajón, donde veinte personas hemos subido colgadas en el vacío desde Fuente Dé.

No tenemos hoy el propósito de hacer un largo recorrido, como lo hicieramos hace más de diez años, llegándonos hasta "Cabaña Verónica", y contemplar el Naranjo de Bulnes. No. Lo que se pretende es un paseo. Nada más. Ayer ya nos metimos por el desfiladero del Cares, desde Poncelos, y aunque no llegamos a Caín, el recorrido fue largo. Hoy, más descansados, nos basta con llegarnos a una hostería que dicen se encuentra a cuatro kilómetros. Aunque la intención es de pararnos en cualquier lugar cómodo, bocadillos llevamos. Que sea un paseo agradable con el sol brillando manso en este mes de septiembre.

Al atardecer descansamos un rato, en Potes, sentados ante el velador de una cafetería mientras tomamos una cerveza, ahí, cerca de la Torre del Infantado que por un momento uno se pone a considerar cómo habría sido eso en plena Edad Media, y comentamos las incidencias del día y las intenciones para mañana mientras podemos observar el movimiento de tanta gente en este lugar cruce de caminos.

Santa María de Lereña es una pequeña iglesia del siglo XI, templo muy visitado, que nos cae de camino. Hay que pagar la entrada y una guía nos da toda clase de explicaciones sobre la historia del templo. Función que ejerce con gracia y fino sentido del humor y que hace que olvidemos su aspecto poco agraciado. Después Felipe lamenta no haber traído su aparato de vídeo para haber grabado a la joven con esa chispa y gracia con que nos ha sorprendido.

Por una carretera correctamente asfaltada pero tan estrecha que uno piensa que cruzarse un coche con un autobús ha de ser imposible, llegamos a Viñón, a "Casa Reda", o "Posada de Viñón", que así también lo denominan, una anti-



gua casona restaurada y convertida en cómodo y acogedor hotel rural. Un asilo sumido entre montañas y en el silencio, donde una noche más nos vamos a hospedar.

Anochecido ya, antes de cenar, salimos a la calle, como ayer lo hiciéramos algunos de nosotros, y, como ayer mismo también, nos encontramos de nuevo con esta vecina del pueblo, a la puerta de su casa, amiga de los propietarios de la posada, que nos dice ser natural de Lasarte, casada con un viñonés, y que en el momento están pasando unos días, aquí, en el pueblo, pues, desde que se jubilara su marido, parte del tiempo lo pasan en Viñón y parte en Lasarte. Conoce Erreterría, nos dice, por acudir, de joven, al baile en la Alameda y haber pertenecido a la Coral Andra Mari. Y hoy que Bebi está con nosotros intenta recordar a esta compañera que tuvo que serlo de la Coral. Pero resulta que, por todos los datos que salen a relucir en la conversación, no coincidieron en el tiempo. Sí que la mujer nos menciona a Dn. José Luis Ansorena, no podía menos, y a otros, como Alfonso, y mil detalles más que confirman el hecho, aunque, también es verdad que, el largo tiempo transcurrido, desdibuja en la memoria de las personas muchos fragmentos de la historia. Ella estuvo en los inicios de la Coral y no mucho tiempo, por lo que no dio ocasión para coincidir con quien, siendo más joven, entró con posterioridad en la agrupación.

En fin, un casual encuentro en Viñón. Una aldea encaramada al monte, una veintena de casas, o poco más, de no más de treinta habitantes hoy, cuya única calle en pronunciada pendiente después de un recodo se pierde en el bosque. Casas donde al pasar en la oscuridad de la noche oyes ladrar a los perros y gruñir algún gorrino y piensas que las gallinas, que hemos visto durante el día corretear por la calle, estarán ahora dormidas. Y nos volvemos ya, pensando en la cena que nos espera y a cobijarnos en el acogedor regazo de la cálida posada.

EN VIAJE SENTIMENTAL POR DONOSTI

El día ha amanecido frío aunque, según el parte meteorológico, se espera que el sol resplandezca en el transcurso de la mañana. El hombre ha salido temprano de casa abrigado para hacer un encargo y ha tomado el bus. Sentado, cómodamente, ha sacado del bolsillo del abrigo una novela. Se trata del cuento del berlinés Kurt Tucholsky, "Rheinsberg", un brevísimo relato sobre una parejita de novios que van a pasar tres días en



Rheinsberg, un lugar delicioso, en aquel año de 1912 en que transcurre la historia, un lugar situado al margen del lago de mismo nombre. Un viaje sentimental. *Ser felices, pero no estar nunca satisfechos. No dejar nunca, ¡nunca!, que se apague el fuego.* Un relato escrito con un estilo directo, preciso, y sin adornos de ninguna clase, en que el romanticismo y el humor fundamentan la esencia de la historia. Un relato que el hombre relee, una vez más, con agrado y que para los escasos veinte minutos de viaje hasta San Sebastián es una lectura realmente complaciente.

Después de cumplir con el compromiso que le llevaba, el hombre se ha acercado a la Concha cuando ya la mañana avanzada comenzaba a templarse por el sol que dibuja de primavera este día de febrero. Hay gente en la playa paseando y hasta media docena de bañistas chapuzándose en las frías aguas de la bahía, el mar entrado hasta el centro de la ciudad. Maravilla de estampa. El hombre, llegado al puerto, entrando en el muelle que termina justo en la desembocadura, se ve requerido por una parejita de jóvenes franceses para que les haga una fotografía. Sencillamente, el muchacho, con el asentimiento de su chica, le ha mostrado la cámara con un gesto y una sonrisa que uno sabe enseguida para qué es. Y con los veleros

deportivos, las casitas de pescadores del puerto, una zona de la parte vieja de la ciudad, algo del monte Urgull y las torres de la iglesia de Santa María de fondo, el hombre ha podido observar por el visor cómo el muchacho y la muchacha inclinaban hacia un lado sus cabezas, hasta juntarse, a la vez que el muchacho la rodeaba con el brazo, y ha apretado el pulsador que, sencillamente, ha sonado, clic. Al devolverles la cámara, los novios le han sonreído a modo de agradecimiento por el favor. Y el hombre ha podido advertir en la joven una mirada encantadora y tierna y, en sus labios, una sonrisa realmente atractiva, un gesto de complicidad que él lo comprende desde esa distancia de quien hace ya mucho tiempo dejó atrás la juventud. Una parejita de enamorados en viaje sentimental por Donosti, ha pensado. *Y no hay nostalgia más honda que ésta, la nostalgia de la plenitud. Es imposible satisfacerla...* ha recordado enseguida las palabras leídas en el relato del berlinés.

En fin, siempre Tucholsky.

CONCIERTO ORGANIZADO POR "ERESBIL"

¿Qué puede suceder cuando te proponen un plan así al anoecer de un día 13 de marzo, martes, para acudir a un concierto organizado por "ERESBIL", pero que la pereza de salir de casa con un tiempo destemplado, como está, te desazona un tanto, y que por fin aceptas y te dejas llevar?

Dejarse llevar por la magia del sonido, sencillamente, por el encanto de la música, por la melodía, el ritmo y la armonía que surgen de un violín, de un piano y de un violonchelo con obras de Pablo Sorozabal, Valentín M^a de Zubiaurre, Arturo Dúo Vital y Johannes Brahms, obras interpretadas por Irene, Patricia y Elena, tan jóvenes todavía, tan profesionales ya.

Y enseguida te ves inmerso en sentimientos apacibles y reconoces que has hecho bien en venir y que es un momento gozoso en el que estás. Y que tanto Irene Etxebeste, de conocida familia de Errentería, como Patricia Azanza, de Vitoria y Elena Escalza, de Bilbao, son tres artistas de prestigio internacional por sus conciertos realizados tanto por distintas ciudades europeas como americanas, por los premios recibidos, por los éxitos habidos, por sus extensos curriculum artísticos. Algo que se percibe con evidente claridad.

Y no es cuestión de entender, necesariamente, es cosa de dejarse llevar. En eso consiste todo. No rompas el silencio si no es para mejorarlo, dijo Beethoven. Irene, Patricia y Elena, lo consiguen.

En definitiva, un concierto selecto, delicado y perfecto.

